

saturan el ambiente con el aroma de sus almitas inocentes y yo me embriago aspirándolo, a todo pulmón les robo felicidad, me siento niña, me igualo a ellos, me olvido de mis años y mi corazón palpita de alegría; a la humanidad estúpida que en vez de prolongar el período de la infancia, prolongando así la dicha de vivir, amarga la existencia con sus egoísmos y sus mezquindades.

Un nuevo hecho y otra sorpresa: todos los sábados salía un peón con carreta a llevar y traer carga a la Estación, y tenía la obligación de recoger, al regreso, los víveres que los peones iban a comprar a un pueblecito cercano, después de las dos de la tarde que salían del trabajo. El segundo sábado de estar yo en la finca, regresó con la carreta otro peón y dijo a la señora que Antonio, así se llamaba el boyero, se había embriagado y que el taquillero lo había hecho retirar del establecimiento en cuyo piso estaba caído, y que había quedado en la Agencia de Policía, siendo probable que hubiera que pagar una multa. La señora ordenó al peón enyugar otros bueyes e ir en busca de Antonio, dándole dinero para que pagara la multa. Poco después volvió el peón y le dijo a la señora que el Agente no cobró multa por cuanto Antonio no había cometido ninguna otra falta.

Todos los domingos a las dos de la tarde, la señora repartía helados o refrescos, con pedacitos de queque, a las familias de sus trabajadores y su esposo amenizaba la fiestecita tocando al piano trozos de buena música. El domingo que siguió a este sábado, todos se presentaron menos Antonio; fue llamado, y un tanto apenado se presentó; antes de comenzar la fiesta le dijo la señora: ¿se ha dado cuenta de la grave falta que usted cometió ayer? ¿cuánto malgastó en embriagarse? dos colones fue la respuesta; dos colones rebajados a su exiguo sueldo, dos colones que harán falta esta semana en su casa para comprar galleta para sus chiquitos ¿Le parece a usted natural que sus hijitos se priven de lo necesario porque usted tire su dinero en un vicio, repugnante, que a usted mismo es a quien más daño produce? ¿se ha fijado en que el infame taquillero después que se aprovechó de su dinero le arrojó como a un estorbo?; primero le explotó y luego le despreció. Tome los dos colones que ayer, en un momento de olvido de sus sagrados

deberes, desperdió, porque yo no puedo tolerar que sus inocentes muchachitos paguen culpas que no deben, y prometa solemnemente ante su esposa y sus compañeros no volver a cometer semejante falta; y ahora nada ha pasado aquí; todos a divertirse.

Yo quiero señor Matamoros, me dijo, que esta finca sea una colmena, pero no quiero para mí el papel del zángano; yo me preocupo de que las habitaciones de mis peones estén encaladas, sin goteras; que en ellas haya luz y aire, que sean alegres e higiénicas, y que alegres y contentos vivan, dentro de su humildad, los que me trabajan, que sus hijos se críen sanos, aseados y bien nutridos. Si la finca produce sólo para que todos, dueños y trabajadores, vivamos contentos dentro de una sencillez que haga imposible la miseria, ¿qué más puedo yo desear? Ricos imbéciles: amontonáis dinero en vuestras cajas, oprimiendo y martirizando a los humildes trabajadores que os enriquecen, porque ignoráis que hay una Justicia Invisible que tarde o temprano os hará expiar vuestras crueldades.

Mientras ella hablaba yo la contemplaba y de su cara, venerable pero dulce, coronada de plateados cabellos, emergía otra fisonomía ideal, de perfiles sublimemente bellos; era un encanto moral envolviendo la majestad de los años, era la eterna juventud del alma ejerciendo los sublimes e inagotables poderes del espíritu cuando ya la belleza física había huido aventada por el tiempo. Sin darme cuenta ya también era su vasallo y le tributaba entusiasmado el pleito homenaje de mi admiración y estima.

Creo haberos demostrado que si los ricos fueran menos crueles, la vida se desarrollaría dentro de un plan de armonía y mutuo respeto; habría desigualdades pero no injusticias. Como es imposible que los explotadores entren en el camino de la razón, debemos apelar al único recurso que nos queda: trabajar porque las clases explotadas se unan para reclamar sus derechos e implantar la justicia en las relaciones sociales. Los explotadores tienen pavor al bolcheviquismo y sin embargo son ellos con sus depredaciones, los que lo acercan cada día más; su avance podrían contenerlo con humanidad, recortándose las uñas, asociando el trabajo con el capital en condiciones de equidad, sustituyendo la rapiña por la

ganancia honesta, en una palabra, fraternizando con las clases sufridas que hasta hoy han llevado sobre sus hombros el peso del lujo y del boato de las clases adineradas. Pretender esto es golpear sobre hierro frío; pues, adelante con nuestra campaña; llevemos luz, mucha luz a las masas de campesinos para que vean claro su derecho y se empeñen en liberarse de la horrible tutela en que viven; repetir y siempre repetir, hasta que las ideas rompan la coraza de la indiferencia que los tiene anulados para defenderse. Seamos constantes y triunfaremos en nuestros guerreros empeños.

## CARTA ABIERTA

San José, 29 de abril de 1930. Señor Coronel Braghin, propagandista del régimen zarista.

Pte.

Señor:

Soy uno de los que estuvieron en la conferencia dictada por usted en el Liceo de Costa Rica y le diré con franqueza que esa conferencia no cayó bien al setenta por ciento de los oyentes. Si nadie se lo ha dicho, yo se lo digo ahora. En Costa Rica tenemos muchos defectos, pero impera el espíritu democrático.

Cree usted haber favorecido mucho al régimen que defiende, cuando citó la siguiente frase del zar Nicolás II: "Cuando el emperador de la Rusia está pescando, Europa puede esperar" Con eso no ha hecho más que pintarnos de cuerpo entero a aquél zar, y mostrarnos lo altanero que fue.

Muchas cosas dijo usted que merecen reproche. Cuando terminó, fue felicitado, pero no se atenga a eso: la mayoría no está de acuerdo con los despotismos que usted defendió.

No crea que yo soy bolchevique; pero quiero terminar parodiando a aquel santo emperador Nicolás Segundo: "Cuando un pueblo pide libertad y no se le da, se justifica el sacrificio de su familia, cualquiera que ella sea. En este caso, fue la del zar."

Recuerde por último que los países no son grandes por la extensión de sus territorios ni por el número de sus habitantes, sino por sus instituciones.

Ojalá sus compañeros entiendan y resulte una solución justa para tirios y troyanos.

CONSTANTINO ALBERTAZZI.